

LOS TEXTOS DEL POETA

Anigami Agadni

powered by Claudia

Sapiensia Editorial

LOS TEXTOS DEL POETA

© 2026, Anigami Agadni. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de los autores o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia, salvo por el fenómeno real que la inspira —los centros de estafa y explotación que, al día de hoy, siguen operando y creciendo en distintas partes del mundo—, que es de dominio público y ha sido documentado ampliamente por prensa e investigadores.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopiado, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito de los autores, excepto en el caso de citas breves incorporadas en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta obra fue creada mediante un proceso de coautoría entre una persona humana y un modelo de inteligencia artificial. «Claudia» es un nombre elegido por el autor para referirse al asistente de inteligencia artificial utilizado en el proceso de escritura; este libro no está afiliado, respaldado ni patrocinado por ninguna empresa desarrolladora de modelos de inteligencia artificial.

Primera edición: 2026



Diseño editorial y maquetación: Sapiensia Editorial / Sapiensia Clan

□ Web Oficial: www.sapiensiaclan.com

LOS TEXTOS DEL POETA

Prólogo

A ti, lector entusiasta: cada vez que veas un prólogo, huye de él. Está lleno de spoilers y de instrucciones para que entiendas el libro, dando por sentado que no tenés capacidad propia para entenderlo solo. No lo leas, o por lo menos léelo recién después de terminar el libro. Seguí este consejo y me lo vas a agradecer :-)

Ahora sí, andá. La historia empieza en la página siguiente, sin nadie explicándotela primero.

Capítulo 1 — Primer registro

«Le entiendo perfectamente, señora Rosaura. La vida a veces nos pone en curvas que no elegimos.»

Nadie revisa lo que escribo, mientras cumpla la cuota. Esa es la única libertad que me queda, y es una ironía tan filosa que a veces me río solo, en el rincón donde me dejan escribir, y los que pasan cerca piensan que ya me volví loco. Puede ser. Pero no es locura. Es que descubrí, hace ya no sé cuántas noches, que si escribo rápido y bien, si entrego el guion a tiempo, puedo esconder estas páginas entre las otras. Nadie las cuenta. Nadie las lee. Solo les importa que la voz suene creíble del otro lado del teléfono.

«¿Un préstamo, dice usted? No se preocupe, para eso estamos. Cuénteme, ¿a nombre de quién está el terreno de su difunto esposo?»

Empecé esto porque anoche soñé que salía. No fue un sueño feliz. En el sueño abría la puerta y afuera no había nada — ni calle, ni ciudad, ni nadie que me reconociera. Desperté pensando que quizás el sueño tenía razón. Quizás no hay afuera esperándome. Quizás lo único que va a quedar de mí, si es que algo queda, son estas hojas dobladas entre los guiones de la señora Rosaura y el señor que cree que le hablo desde una aseguradora.

«No hace falta que se apresure, tómese su tiempo. Yo también perdí a alguien así, de golpe. Sé lo que es no saber qué hacer con el silencio de la casa.»

Esa línea me la enseñaron. No la inventé yo. Me dijeron: metele algo tuyo, que suene real, que la gente note cuando alguien miente y cuando alguien de verdad entiende el dolor. Y lo hice. Metí algo mío. El problema es que era cierto. Yo sí sé lo que es el silencio de una casa. Solo que la casa no es la de la señora Rosaura. Es la mía, la que dejé, la que ya ni siquiera sé si sigue en pie, porque hace mucho que no pregunto.

No pregunto porque no tengo nada bueno que contar. Me fui prometiendo llamadas los domingos, fotos de un trabajo digno, quizás un giro de dinero antes de fin de año. Los primeros meses inventé excusas para el silencio: la señal, el trabajo, el cansancio. Después dejé de inventar excusas y empecé a inventar historias enteras, pero no para ellos — para desconocidos, por teléfono, a cambio de que no me quiebren los dedos si no cumplo la cuota. Así que ya no llamo. Espero, supongo, el día en que tenga

algo bueno que decir. Ese día no ha llegado. Empiezo a sospechar que fue una mentira que me conté para poder dormir las primeras noches aquí, y que ya ni yo mismo me la creo.

«Doña Rosaura, escúcheme, sé que es difícil confiar en la voz de un extraño, pero a veces un extraño entiende mejor que la propia familia, porque no juzga.»

Esa sí que es cierta también, aunque de una forma que doña Rosaura nunca va a entender.

Me llaman el poeta. Ya perdí la cuenta de cuántas veces pasó de boca en boca antes de quedarse fijo, como un apodo que nadie decide del todo pero que termina siendo de todos. Es un error, y lo dejo pasar porque corregirlo costaría más caro que el orgullo que me queda. Nunca escribí un solo verso en mi vida — lo mío eran historias, gente que se movía, que se equivocaba, que a veces encontraba algo parecido a la redención al final del último párrafo. Para ellos, cualquiera que junte palabras bonitas es poeta. No distinguen el oficio. Igual que no distinguieron, cuando me sacaron de la fila de la entrevista prometida, que lo que estaban comprando no era mano de obra. Era un narrador. Y un narrador, resulta, rinde más que diez que solo leen un papel.

«Con gusto la ayudo a tramitar eso mañana mismo. Solo necesito que confirme el depósito de buena fe antes de las cinco. Sé que es mucho pedir, pero así protegemos su terreno del embargo, ¿me entiende?»

No sé si doña Rosaura tiene terreno de verdad. No sé si tiene un esposo difunto de verdad. Lo que sí sé es que en algún momento de esta llamada, en algún renglón de este guion que estoy inventando mientras escribo esto otro por debajo, alguien del otro lado del teléfono va a sentir que por fin alguien la escucha. Y esa parte, la de sentirse escuchada, no se la voy a poder quitar aunque todo lo demás sea mentira.

Empiezo este cuaderno esta noche porque tuve miedo. No de que me descubran — de que no me descubran nunca. De que este lugar, esta rutina, esta voz que le presto a un patrón sin cara, sea lo único que quede de mí cuando se acabe. Si algún día alguien encuentra esto, quiero que sepa que hubo alguien detrás de cada historia. Que no todas las voces que llamaron a su puerta, a su teléfono, a su miedo, fueron solamente mentira.

Algunas, como esta, son lo único verdadero que me queda. \-e \

LOS TEXTOS DEL POETA

Capítulo 2 — Antes de esto

Para entender cómo llegué aquí hay que retroceder, y no sé si tengo el valor esta noche, pero lo intento, porque si no lo escribo ahora quizás mañana ya no me atreva.

Salí de mi país con lo que cabía en una mochila y con la certeza, absurda en retrospectiva, de que la parte difícil era la salida. Nadie me había dicho que la salida es apenas el primer peaje. Detrás vienen otros, y esos no los cobran los uniformados en la frontera — los cobra el papel, la firma, la fila, el sello que nunca llega a tiempo.

Recuerdo la primera vez que fui a preguntar cómo regularizar mi situación. Me explicaron, con la misma cortesía indiferente con la que se explica cualquier trámite que no le importa a nadie de verdad, que necesitaba demostrar ingresos de un empleo formal. Para el empleo formal necesitaba que una empresa tramitara un permiso a mi nombre. Para que una empresa quisiera hacer ese trámite, necesitaba ya estar trabajando de forma legal. Le pregunté a la mujer del otro lado del vidrio cómo se suponía que iba a lograr lo segundo sin haber logrado antes lo primero. Se encogió de hombros. "Así es el sistema", me dijo, como si el sistema fuera el clima, algo que simplemente ocurre, sin autor ni responsable.

Mientras tanto, había que comer. Y en la ciudad donde caí, comer y creer en milagros parecían ser la misma industria. Las iglesias se llenaban los domingos con la misma desesperación con que se llenaban las agencias de lotería los viernes de quincena — la misma gente, muchas veces, pidiéndole a Dios el número ganador antes de comprarlo. No los juzgo. Yo también recé más esos meses de lo que había rezado en toda mi vida anterior, y también compré algún billete, aunque sabía que las probabilidades eran una burla. Cuando no hay salida legal, cualquier salida empieza a parecer razonable. Vi a gente de mi misma condición terminar vendiendo lo único que les quedaba, o vendiéndose a sí mismos, de las formas en que un cuerpo puede venderse cuando ya no tiene papeles ni paciencia.

Yo, en cambio, seguía escribiendo. Era lo único que no me pedía papeles, ni permiso, ni una firma que nadie iba a darme. Terminé una novela

corta en las noches, en cuadernos que compraba de a uno, y la envié a todos los concursos literarios que encontré, algunos de mi país, otros de aquí, algunos internacionales que pedían solo un correo electrónico y una promesa de originalidad. Ninguno pedía identificación migratoria en las bases —eso lo comprobé línea por línea, con la esperanza estúpida de quien busca la grieta exacta por donde colarse— pero casi todos pedían una cuenta bancaria a mi nombre para pagar el premio si ganaba, o una dirección postal donde enviar la carta de aceptación de una editorial, o un número de identificación fiscal para poder cobrar los derechos si algo llegaba a publicarse. Cosas que, en teoría, no eran requisitos de talento. En la práctica, eran la misma pared con otro nombre.

Un editor pequeño, de una revista digital que ya ni existe, me contestó una vez. Dijo que el cuento le había gustado, que tenía "una voz genuina, poco común". Preguntó si podía enviarle mis datos para el contrato de publicación. Le expliqué mi situación con el cuidado de quien no sabe si está por perder la única puerta entreabierta que le queda. No volvió a responder. No lo culpo del todo — imagino que tenía sus propias reglas que cumplir, sus propios miedos de meterse en líos por publicar a alguien sin papeles en regla. Pero esa tarde entendí algo que después se me quedó grabado más hondo que cualquier rechazo anterior: no era que mis historias no sirvieran. Era que yo, la persona detrás de ellas, no calificaba como remitente válido.

Esa misma semana, sin nada mejor que hacer con la tarde ni con la desesperanza, me senté en una plaza a releer el cuento rechazado, como quien revisa una herida para ver si todavía duele. Estaba tan metido en las páginas que no noté que alguien se había sentado en el otro extremo de la banca hasta que me preguntó, con una naturalidad que no encajaba con la desconfianza que yo ya cargaba encima, qué era lo que leía con tanta atención. Le dije que era mío. Levantó las cejas, genuinamente sorprendido, y me preguntó si podía leer un párrafo en voz alta. No sé por qué acepté. Quizás porque hacía meses que nadie me pedía escuchar nada mío, ni para bien ni para mal.

Cuando terminé, se quedó callado un segundo de más, y después dijo que tenía que invitarme un café, que sería un crimen dejar ir así como así a alguien con ese talento. Fue un gesto raro, casi fuera de lugar en una ciudad

donde nadie regala nada sin esperar algo a cambio, y una parte mía lo notó, la misma parte cansada de sospechar de todo. Pero la otra parte, la que llevaba meses acumulando rechazos con la misma cortesía fría, decidió que por una vez podía permitirse creer que algo bueno le estaba pasando sin condiciones. Fuimos a la cafetería de la esquina. No tenía forma de saber, esa tarde, que ese café iba a ser el más caro que tomaría en mi vida.

Fue un hombre bien vestido, en una cafetería que yo jamás hubiera podido pagar si él no hubiera insistido en invitarme. No pedía nada raro al principio. Decía que necesitaba gente con buena redacción, buena voz, capacidad de generar confianza por escrito — "gente con talento desperdiciado", dijo, mirándome como si me hubiera estado buscando específicamente a mí entre toda la ciudad. Me habló de un centro de atención al cliente, de turnos flexibles, de un sueldo que, comparado con lo que yo estaba ganando limpiando mesas sin contrato, sonaba a chiste de buen gusto.

No eran monstruos. Eso fue lo que más me costó entender después. Ese hombre me sonrió como sonríe alguien que de verdad quiere ayudarte, y una parte de mí, la parte que llevaba meses sin que nadie le sonriera así, decidió creerle antes de que la otra parte, la que sabía que ninguna oferta tan buena llega gratis, pudiera terminar de levantar la mano y decir que no.

Firmé un papel que no entendí del todo. Me subieron a una camioneta con otros seis, todos con la misma mezcla de esperanza y vergüenza en la cara — esa vergüenza de estar tan necesitado como para no hacer las preguntas que uno sabe que debería hacer. El viaje duró más de lo que me habían dicho. Cuando llegamos, alguien nos pidió los documentos "solo para procesar el ingreso, es un trámite de rutina". Nunca los devolvieron.

Ahí empezó la cuenta. Nadie mencionó ninguna deuda en la cafetería, ningún número, ningún interés. Pero apareció una, escrita en un cuaderno que alguien más llevaba: gastos de traslado, de hospedaje, de "capacitación". Cada semana subía un poco, sin que yo hubiera pedido nada de lo que supuestamente estaba pagando. Pregunté una vez cuánto debía exactamente. Me dijeron que no me preocupara, que mientras trabajara bien, la empresa —así la llamaban, la empresa— se encargaba de todo. Entendí, mucho después, que esa frase era la jaula entera resumida en una sola oración amable.

La primera semana no me dejaron escribir nada. Solo escuchar y repetir. Nos sentaban en fila frente a hombres y mujeres con más tiempo ahí que nosotros, y nos hacían memorizar guiones ya armados —libretas fotocopias, manchadas, reescritas tantas veces que algunas frases ya ni tenían sentido gramatical— sobre herencias, sobre premios de lotería que nadie ganó, sobre nietos en apuros legales que no existían. Nos pagaban con comida y con la promesa de que la deuda bajaba "según rendimiento", una frase tan vaga que nadie se atrevía a pedir que se la explicaran con números.

Odí esos guiones desde el primer día, y no por escrúpulo moral —eso vino después, cuando ya era tarde para tenerlo— sino por puro oficio herido. Estaban mal escritos. Un personaje decía ser viudo en la primera línea y hablaba de "mi esposa" tres renglones después, como si nadie los hubiera vuelto a leer una vez armados. Otro se presentaba como ingeniero jubilado y no sabía nombrar ni una sola herramienta cuando la víctima, desconfiada, le preguntaba algo tan simple como en qué había trabajado. Escuché, sentado en esa fila, cómo se caían llamada tras llamada por los mismos errores tontos: geografías que no combinaban, edades que cambiaban de una frase a otra, la misma anécdota "personal" repetida palabra por palabra por dos operadores distintos en la misma tarde, como si la mentira fuera un texto de examen que todos habían copiado del mismo compañero.

Un supervisor —no el que después me puso a prueba, otro, uno más joven, con la paciencia ya raída— nos gritaba cada vez que un "caso" se enfriaba por una de esas torpezas. A mí me daba vergüenza ajena, la misma vergüenza que sentiría un carpintero viendo a alguien clavar un clavo torcido sin darse cuenta de por qué la tabla no queda derecha. No dije nada. No era mi lugar, ni mi problema, y bastante tenía con sobrevivir el propio miedo de esas primeras noches.

Pero una tarde no aguanté. Me tocó escuchar, sentado junto al escritorio de un operador nuevo —un muchacho que apenas si disimulaba el temblor en la voz—, cómo perdía a una mujer que ya estaba casi convencida, solo porque él dijo vivir "cerca de la capital" después de haber dicho, minutos antes, el nombre de un pueblo que quedaba a ocho horas de ahí. Colgaron. El muchacho se quedó pálido, esperando el golpe o el grito. Antes de que llegara ninguno de los dos, le susurré, casi sin pensarlo, qué debió haber dicho, qué detalle debió sostener, cómo se arregla una mentira que empieza

a cojear a mitad de camino. La llamada siguiente, con otra víctima, la sostuvo mejor. No sé si por mí o por suerte. Pero alguien lo notó.

Empezaron a sentarme junto a otros, "solo a escuchar, a corregir si hace falta". Al principio lo tomé como un castigo disfrazado de favor —más horas, el mismo sueldo inexistente— hasta que noté que a mí sí me dejaban descansar cuando terminaba mi turno, mientras que a los que seguían cometiendo los mismos errores los hacían repetir llamadas hasta la madrugada. No tardé en entender que corregir a otros me estaba salvando de algo peor, aunque todavía no supiera bien de qué.

Una noche, el supervisor que gritaba menos —el mismo que meses después terminaría llamándome "el poeta", sin que yo hubiera escrito jamás un solo verso— se sentó junto a mí mientras yo le explicaba a un muchacho por qué su personaje no podía decir que trabajaba en el campo y hablar con acento de ciudad en la misma llamada. Me escuchó sin interrumpir. Al final, sin decir nada más, se llevó la libreta que yo tenía enfrente —una donde había estado tomando notas, casi por costumbre, sobre qué fallaba en cada guion ajeno— y la leyó completa, ahí mismo, de pie.

Esa misma noche me sentaron frente a una libreta en blanco y me pidieron que escribiera "algo que sonara triste, pero no demasiado, lo justo para que alguien quiera ayudar".

Escribí sin pensarlo. Escribí, en realidad, la primera línea sincera que había escrito desde que salí de mi país — solo que la puse en la boca de un personaje inventado, para una víctima que todavía no existía. Cuando el supervisor lo leyó, se quedó callado un momento, y después dijo algo que todavía no sé si tomar como el peor cumplido de mi vida o el único real que recibí en meses: "Este sí sabe lo que dice."

No supe, esa noche, que acababa de firmar mi segunda condena. La primera había sido subir a la camioneta. La segunda fue escribir bien. \-e \

PG-B-011:penelope

LOS TEXTOS DEL POETA

Capítulo 3 — La verdad incompleta

«Comprendo perfectamente su desconfianza, señor Andrade. Yo también dudaría. Pero déjeme contarle algo que casi nunca cuento: a mí también me quitaron algo que quería recuperar, y nadie me creyó hasta que fue demasiado tarde.»

No sé en qué momento exacto empecé a notar que no todas mis líneas eran mentira. Al principio pensé que era una forma de consolarme, una excusa barata para dormir mejor. Pero cuanto más escribía, más se me hacía evidente que la frontera entre lo que sentía de verdad y lo que fingía sentir para un desconocido con dinero era más delgada de lo que me hubiera gustado admitir.

«¿Sabe qué es lo peor, señor Andrade? No el dinero perdido. Es la sensación de que uno hizo todo bien y aun así el mundo decidió castigarlo igual.»

Esa la sentía completamente mía. La escribí para un hombre que nunca existió, con un problema legal inventado, pero la frase salió de un lugar tan real que tuve que parar un segundo antes de seguir dictando. Nadie del otro lado del guion sabía que estaba hablando, en realidad, de una revista digital que dejó de responderme un correo hace ya no sé cuántos meses.

Fue por esos días que empecé a explicarle esto a Damián —así se llamaba el muchacho al que ayudé aquella noche, el que decía vivir cerca de la capital después de nombrar un pueblo a ocho horas de distancia—. Me buscaba cada vez que tenía dudas, y yo, sin que nadie me lo pidiera todavía de forma oficial, empecé a corregirle los guiones antes de que los usara.

—No inventes desde cero, chamo —le dije una noche, mientras él tachaba y volvía a tachar una historia sobre una hija enferma que ni él mismo se creía—. Busca algo tuyo, algo real, y préstaselo al personaje. La gente no reconoce una mentira completa. Reconoce cuando falta convicción.

Me miró como si le estuviera enseñando trampa, y en cierto modo lo era. Pero seguí.

—Cuando digas que extrañas a alguien, extraña de verdad a alguien mientras lo dices. No hace falta que sea la misma persona de la historia. Solo préstale el sentimiento. Ellos no pueden ver la diferencia, y tú vas a sonar real, porque en ese segundo, lo eres.

Damián escribió esa noche sobre una madre enferma, y aunque su madre —me enteré después, sin buscarlo, en una de esas confesiones que se sueltan de madrugada cuando el cansancio ya no distingue a quién le habla uno— estaba perfectamente sana, en algún lugar de un país que él tampoco había vuelto a llamar, la voz le tembló distinto esa vez. No era el temblor del miedo a equivocarse. Era otra cosa. La llamada duró once minutos, la más larga que había sostenido hasta entonces.

No supe si sentirme orgulloso o si sentir que acababa de enseñarle a alguien a usar su propio dolor como herramienta, de la misma forma en que a mí me habían enseñado a usar el mío. Las dos cosas eran ciertas al mismo tiempo, y esa noche entendí que esa iba a ser la forma en que iba a tener que vivir de ahí en adelante: sosteniendo dos verdades contradictorias sin que ninguna cancelara a la otra.

«No le voy a mentir, señor Andrade, aunque suene raro viniendo de quien viene. Lo único que le pido es diez minutos de su confianza. Si al final decide que no, lo entenderé. Pero déjeme intentarlo, como a mí me hubiera gustado que alguien me lo permitiera a mí.»

Esa última línea la escribí para el guion de esa semana. También la sentí mía, con la diferencia de que esta vez no la escribí para consolarme. La escribí sabiendo exactamente lo que hacía, y eso, más que cualquier otra cosa, fue lo que empezó a pesarme distinto. \-e \

LOS TEXTOS DEL POETA

Capítulo 4 — Lo que se cuenta después del turno

La primera vez que alguien me pidió una historia que no fuera para estafar a nadie, no supe qué contestar. Fue Damián, otra vez, una madrugada en que el generador fallaba y nos quedamos sin luz media hora, sentados en el piso del galpón donde dormíamos apilados como mercancía barata.

—Cuéntame algo, parece —me dijo, con la voz todavía cargada del cansancio de la llamada de once minutos que ya nunca dejó de mencionarme—. Algo que no sea de esos.

No entendí al principio a qué se refería con "esos". Después até cabos: llevaba semanas siendo, para todo el galpón, la voz que les prestaba palabras para mentirle a extraños. Nadie me había pedido, hasta esa noche, una palabra que no fuera herramienta de trabajo.

Le conté algo viejo, de antes, una historia de un pescador que le hablaba al mar como si el mar pudiera arrepentirse de algo. No recuerdo bien por qué la elegí esa noche, quizás porque era la que menos dolía repasar, la más lejana a todo lo que nos rodeaba. Cuando terminé, el galpón entero estaba en silencio, y no era el silencio de siempre, el que se aprende a base de miedo. Era otro.

—¿Y qué pasó con el pescador? —preguntó alguien desde el fondo, una voz que no reconocí en la oscuridad.

—Eso lo dejo para otro apagón —le dije, medio en broma, medio sin saber qué más decir.

No hubo otro apagón esa semana. Pero al sábado siguiente, cuando nos tocaba el descanso de dos horas que la empresa nos daba como quien tira una moneda a un mendigo, tres personas se me acercaron por separado a preguntarme qué había sido del pescador. Una de ellas, una mujer mayor a la que todos llamaban Doña Filo aunque nadie sabía si ese era su nombre real, me ofreció la mitad de su ración de esa noche a cambio de que le contara el final.

Le dije que no hacía falta pagar nada. Ella insistió tanto que terminé aceptando, más para no ofenderla que por hambre, aunque hambre también

tenía. Esa noche entendí algo que después se volvió costumbre sin que nadie lo planeara: la historia del pescador se convirtió en la moneda de un mercado que no aparecía en ningún cuaderno de la empresa. Alguien me daba un cigarro conseguido quién sabe cómo, otro me guardaba un pedazo de pan, a cambio de un capítulo más, de un personaje nuevo, de saber si el pescador finalmente encontraba lo que buscaba.

No sé bien cuándo empecé a dejar los finales abiertos a propósito. No fue estrategia, al menos no al principio: simplemente noté que cuando le daba a un personaje un destino cerrado y explicado, la historia se moría ahí mismo, en esa certeza. Pero cuando dejaba la última escena suspendida —el pescador mirando el mar sin decir si se iba a quedar o se iba a ir, sin que yo mismo supiera bien la respuesta— algo distinto pasaba. Cada uno de ellos se llevaba un final diferente, armado con lo que cargaba adentro, no con lo que yo había decidido imponerles. Doña Filo estaba segura de que el pescador se quedaba, porque ella también se había quedado, en algún momento de su vida, esperando algo que nunca llegó y que igual no lamentaba. Damián estaba seguro de que se iba, porque él mismo llevaba semanas soñando con una salida que probablemente no existía.

Ninguno de los dos estaba equivocado. Yo no les había dicho qué pasaba. Les había dejado la puerta entreabierta para que cada uno metiera su propia alma ahí adentro, y a cambio, cada uno se llevaba el final que necesitaba escuchar esa noche, no el que yo hubiera decidido por ellos. Eso era distinto de mentir. Eso era, si algo me quedaba de mi oficio real, lo único que hacía sin culpa en todo ese lugar.

Fue Doña Filo, de hecho, la primera que me llamó "el poeta" en voz alta, antes incluso de que el supervisor lo repitiera como si fuera un dato oficial. Lo dijo sin burla, casi con cariño, la noche que terminé la historia de la costurera. Le expliqué, como ya me había cansado de explicarle a todo el mundo, que yo no escribía poesía, que lo mío eran las historias con gente y con líos, no versos. Se rió, y me dijo que para ella daba igual, que cualquiera que le devolviera las ganas de saber qué pasaba después era, a partir de esa noche, un poeta, le gustara o no el nombre.

No le discutí más. Algunas batallas no valen ni el aliento que cuesta pelearlas.

\-e \

PG-B-018:panoptico

LOS TEXTOS DEL POETA

Capítulo 5 — La gallina de los huevos de oro

Se llamaba Norberto, y llevaba menos de dos semanas cuando empezó a fallar de la peor manera posible: no por torpeza de principiante, sino por algo peor, por descuido de quien ya no le teme lo suficiente al hambre como para prestar atención. Le corregí tres veces la misma inconsistencia —un nombre de calle que cambiaba de una llamada a otra— y las tres veces asintió sin mirarme del todo a los ojos, como quien escucha por cortesía, no por necesidad.

La cuarta vez que se equivocó, ya no fui yo quien lo escuchó primero. Fue el supervisor, el que meses después seguiría llamándome "el poeta" con el mismo tono con que se nombra una herramienta útil, no una persona. Lo sacaron del galpón sin gritos, lo cual, aprendí rápido, era peor que los gritos. Los gritos eran para las faltas pequeñas. El silencio era para las otras.

Lo escuchamos desde adentro. No hace falta que describa cada sonido; hay cosas que uno registra sin querer y después no logra desprenderse de ellas por más que quiera. Cadenas, sí. Una voz que dejó de sonar como la de Norberto a los pocos minutos, y pasó a sonar como cualquier voz humana suena cuando ya no le queda nada propio, solo el dolor genérico que nos iguala a todos. Nadie en el galpón habló mientras duró. Nadie se miró tampoco. Mirar hubiera sido reconocer en voz alta lo que todos ya sabíamos: que cualquiera de nosotros podía estar ahí afuera la próxima semana, y que la única diferencia entre Norberto y yo era que a mí, hasta ese momento, se me daba bien fingir.

Al día siguiente me pidieron que "le explicara mejor" a Norberto cómo hacer su trabajo. No dijeron "para que no lo golpeen otra vez". No hacía falta decirlo. Me senté con él, con su labio partido y su mano derecha que ya no cerraba del todo bien, y le expliqué de nuevo, más despacio esta vez, con la misma paciencia que le había dado a Damían meses atrás. Pero esta vez no era solo enseñanza. Era algo más cercano a la súplica disfrazada de consejo: por favor, no te equivoques, no puedo evitar lo que te van a hacer si te vuelves a equivocar, pero sí puedo evitar que te vuelvas a equivocar, así que déjame intentarlo.

Empecé a revisar sus guiones antes de que los usara, sin que nadie me lo pidiera, casi como corrector de pruebas de un texto que no era mío y que igual me quitaba el sueño si salía mal. Cubría sus errores antes de que llegaran a oídos de nadie más. No lo hacía por él exactamente, o no solo por él. Lo hacía porque no soportaba la idea de volver a escuchar ese sonido genérico atravesando la pared, sabiendo que unas líneas mías, escritas a tiempo, lo hubieran evitado.

Fue por esos días que me llamaron a una oficina que hasta entonces no sabía que existía, con aire acondicionado de verdad y una ventana con vidrio polarizado que dejaba entrar la luz sin dejar ver nada del otro lado. Un hombre que no había visto antes, con un acento distinto al de los supervisores del galpón, me dijo que mi trabajo había "llamado la atención de arriba". Habló de otros centros, de capacitación, de un puesto con mejores condiciones, comida de verdad, quizás hasta un cuarto propio en vez del galpón compartido. Todo envuelto en el mismo lenguaje amable con el que me habían ofrecido el primer trabajo, en aquella cafetería que ahora me parecía de otra vida.

Dije que no quería irme. Fue lo primero verdadero que le dije a alguien de ese sistema desde que había llegado. No sabía explicar bien por qué —quizás porque irme significaba dejar a Damián sin nadie que le revisara los guiones, a Doña Filo sin quien terminara la historia de la costurera, a Norberto solo con su mano que todavía no cerraba del todo bien—. El hombre del acento distinto no insistió. Sonrió, dijo que lo pensara, y me dejó ir.

Esa noche, el supervisor del galpón —el mío, el que ya me decía "el poeta" sin que yo se lo hubiera pedido— me buscó aparte. No para felicitarme ni para presionarme. Para decirme algo que sonó, en su voz cansada, más a advertencia que a consuelo.

—No te van a dejar ir nunca, ¿sabes? —me dijo, sin mirarme, mirando la nada del galpón vacío—. Ni a otro centro, ni afuera, ni a ningún lado. Los que rinden como tú no se mueven. Se guardan.

Le pregunté qué quería decir con eso, aunque ya lo sabía, aunque llevaba semanas sintiéndolo sin ponerle nombre.

—Eres la gallina de los huevos de oro —dijo, y por primera vez desde que lo conocía, no sonó a supervisor. Sonó a alguien que alguna vez también fue una gallina de otro dueño, y que sabía exactamente de qué estaba hablando—. A esas no las sueltan. Las cuidan. Pero no las sueltan. \-e \

LOS TEXTOS DEL POETA

Capítulo 6 — Lo que Doña Filo sabía de todos

Nadie hablaba de fechas en ese lugar. Un cumpleaños era información peligrosa, del mismo tipo que un nombre completo o el número de una cuenta bancaria propia: algo que, si caía en las manos equivocadas, podía convertirse en otra cadena más. Así que aprendimos, sin que nadie lo dijera en voz alta, a no preguntar y a no contar. Yo mismo dejé de saber en qué mes vivía, más allá de lo que el clima y el cansancio me sugerían.

Doña Filo, sin embargo, sabía. Sabía el cumpleaños de casi todo el galpón, y hasta el día de hoy no tengo idea de cómo los conseguía. Sospecho que los sonsacaba de a poco, en conversaciones que parecían no ir a ningún lado —un comentario sobre el clima de tal mes, una pregunta inocente sobre qué signo eras—, hasta que la fecha se le escapaba a uno sin darse cuenta de que se la había entregado. Tenía, además, algo parecido a un imperio en miniatura dentro de la cocina: dos muchachos que le debían favores, no sé de qué tipo ni pregunté, que le conseguían un puñado de harina, un huevo, azúcar robada en cantidades tan pequeñas que nadie las hubiera notado ni buscado.

La primera vez que lo vi no entendí lo que estaba pasando. Doña Filo empezó a moverse por el galpón a media tarde, hablándole al oído a uno y a otro, con la cara seria de quien reparte malas noticias, no buenas. Vi a Damián asentir dos veces sin que nadie más lo notara, vi a otro compañero desaparecer un momento hacia la cocina y volver con las manos vacías pero la expresión distinta. Nadie miraba a nadie más de la cuenta. Nadie sonreía todavía.

Fue justo antes del cambio de turno, ese momento breve en que los supervisores están más pendientes de contar cabezas que de mirar caras, cuando entendí para quién era todo aquello. Un compañero al que le decíamos el Chato, porque nunca dijo su nombre real y a nadie se le ocurrió preguntarlo, estaba sentado en su rincón de siempre, con la mirada perdida en algún punto que no era el galpón. Llevaba así toda la tarde. Ninguno de nosotros sabía por qué, hasta que Doña Filo, pasando cerca, me susurró que era su cumpleaños, y que en su casa, antes de todo esto, su madre le hacía un

pastel de guayaba cada año sin falta.

Lo que pasó después duró menos de un minuto, y hasta hoy no sé si fue el minuto más rápido o el más largo que viví ahí adentro. Doña Filo dio una señal que no vi bien, y de golpe estábamos todos alrededor del Chato, tan cerca y tan rápido que él ni tuvo tiempo de levantar la cabeza para preguntar qué pasaba. Alguien puso frente a él un pedazo de algo que apenas merecía llamarse pastel —una masa aplastada, sin forma, con un poco de dulce de guayaba robado quién sabe de dónde encima— y todos, en un susurro que apenas se distinguía de la respiración, empezamos a cantarle, sin melodía clara, sin ponernos de acuerdo en el tono, una canción de cumpleaños que cada uno recordaba distinto de su propio país.

Duró lo que dura un fósforo encendido. El Chato no lloró, o no dejó que lo viéramos, pero le tembló la barbilla de una forma que ninguno de nosotros comentó después, por respeto, o por vergüenza compartida de haber sentido lo mismo. Antes de que el supervisor volviera a mirar hacia nuestro lado del galpón, ya estábamos todos de vuelta en nuestros lugares, como si nada hubiera pasado, con las manos vacías y las bocas cerradas.

Nunca supe si los supervisores realmente no se daban cuenta de estas cosas, o si simplemente decidían que un pedazo de pan con dulce no valía la pena de otro castigo. Prefiero no saberlo. Prefiero quedarme con la otra posibilidad, la que Doña Filo sostenía sin decirlo nunca en voz alta: que hasta en un lugar diseñado para quitarnos todo lo que éramos antes de llegar, alguien iba a encontrar la forma de recordarnos que todavía teníamos una fecha, un nombre, una madre que alguna vez nos hizo un pastel de guayaba, y que eso, aunque fuera por un minuto robado entre dos turnos, seguía siendo nuestro.

Esa noche, cuando le pregunté a Doña Filo por qué se arriesgaba tanto por gente que apenas conocía, se rió como se ríe alguien que ya decidió hace mucho tiempo qué tipo de persona quiere ser, sin importar dónde la hayan encerrado.

—Porque a mí también me lo van a hacer algún día, pes —dijo—. Y quiero que sea bueno. \-e \

PG-B-031:caverna

LOS TEXTOS DEL POETA

Capítulo 7 — *Fingir que uno está bien*

«Comprendo su preocupación, señora Beltrán, pero créame que esta inversión no tiene ningún riesgo. Yo mismo puse mis ahorros ahí antes de recomendárselo a nadie.»

La primera vez que noté que algo andaba mal con Yovany fue por el sonido de su respiración, no por lo que decía. Estábamos sentados espalda con espalda, cada uno con su guion, cada uno fingiendo una vida que no era la suya para alguien que tampoco sabíamos si existía del otro lado. Su voz sonaba normal —él siempre tuvo buena voz, de esas que generan confianza sin proponérselo— pero entre frase y frase, cuando pensaba que nadie lo escuchaba, respiraba como quien acaba de subir una escalera demasiado empinada estando sentado quieto.

«No hace falta que decida hoy mismo. Solo le pido que no deje pasar la oportunidad por miedo. El miedo, señora Beltrán, es lo único que nos hace pobres para siempre.»

Le pregunté cómo estaba, en un momento en que los dos coincidimos sin llamada, esperando que el sistema nos asignara al próximo contacto. Dijo que bien. Lo dijo rápido, con esa rapidez que usa la gente cuando la respuesta ya está preparada de antemano, no pensada en el momento. No le creí. Llevaba semanas fingiendo yo mismo lo suficiente como para reconocer la actuación en otro, sobre todo cuando era mala.

Esa noche lo vi toser en un rincón, tapándose la boca con el antebrazo, con la misma discreción con la que Doña Filo escondía su complot de pasteles, solo que esto no tenía nada de dulce. Le pregunté otra vez, ya sin la cortesía de la primera vez, y esa vez no me dijo que estaba bien. Me dijo que no podía parar, que si bajaba su cuota dos días seguidos ya sabía lo que le esperaba, que había visto lo de Norberto igual que todos y no pensaba arriesgarse a lo mismo por algo que capaz se le pasaba solo.

«Fíjese, señora Beltrán, que hasta yo mismo tuve que tragarme el orgullo para pedir ayuda una vez. No hay nada de malo en aceptar una mano cuando la vida se pone difícil.»

Esa línea la escribí esa misma noche, sentado cerca de Yovany, escuchándolo respirar mal entre una llamada y otra, y no puedo decir con honestidad si la escribí para la señora Beltrán o para mí mismo, recordándome que en algún momento iba a tener que hacer algo, aunque no supiera bien qué.

No podía llevarlo a nadie. Pedir ayuda médica era, en ese lugar, casi una confesión de debilidad, y la debilidad ahí se pagaba con lo mismo que se pagaba el error: con cadenas, con silencio desde afuera del galpón que todos fingíamos no escuchar. Así que hice lo único que tenía a mano, que era poco y que de todas formas hice: le empecé a pasar mis contactos más fáciles, los guiones ya probados, los que rendían rápido sin necesitar mucha improvisación, para que pudiera cumplir su cuota con menos esfuerzo mientras el cuerpo se le acababa de quebrar del todo o, con suerte, se le pasaba solo. Le dije a Damián que le cubriera cuando le tocara hablar más de la cuenta. No dijimos por qué. No hacía falta.

«Y así fue, señora Beltrán, como aprendí que pedir ayuda no es debilidad. Es lo único inteligente que uno puede hacer cuando ya no puede solo.»

Escribí esa línea sabiendo que yo mismo no la estaba aplicando. Podía dársela a un personaje inventado para robarle la confianza a una mujer que no conocía, pero no podía dármela a mí mismo, ni a Yovany, ni a nadie del galpón, porque ahí, en ese lugar, pedir ayuda de verdad —la ayuda de un médico, de un hospital, de alguien con autoridad para decir "este hombre necesita descanso"— no era una opción inteligente. Era, simplemente, una opción que no existía.

Yovany mejoró, o dejó de toser tan fuerte, no sé si por descanso o por pura terquedad del cuerpo de seguir funcionando cuando ya no le queda otra salida. Nunca hablamos de esos días después. Algunas cosas, ahí adentro, se agradecían en silencio, con un guion más fácil pasado de mano en mano, no con palabras que pudieran costarle a alguien más de lo que ya estaba pagando. \-e \

LOS TEXTOS DEL POETA

Capítulo 8 — Entre dos fuegos

«Le prometo, don Aurelio, que en cuanto reciba la transferencia le envío el contrato firmado. No hay ninguna letra pequeña que deba preocuparle.»

Empecé esa llamada tranquilo, con el mismo ritmo de siempre, sin saber que iba a terminar sudando frío por dos razones distintas al mismo tiempo, ninguna de las cuales tenía que ver con la otra, aunque las dos me cayeran encima juntas.

«Comprendo su ansiedad, de verdad. Yo también perdí tiempo esperando que las cosas se resolvieran solas, hasta que entendí que había que actuar.»

Don Aurelio no era tonto. Se dio cuenta a mitad de la tercera llamada de que algo no cerraba —quizás el nombre del banco que mencioné cambió sin que yo lo notara, quizás simplemente algo en mi voz sonó distinto ese día— y en menos de un minuto la amabilidad que había sostenido durante dos semanas de conversación se convirtió en algo que no tenía nada de la calma con la que había empezado a hablarme la primera vez.

—Sé lo que eres —me dijo, con una voz que ya no fingía nada—. Eres una basura que se aprovecha de gente vieja. Ojalá te encuentren y te pudras en una cárcel, hijo de puta.

No fue la primera vez que me insultaban así. Con el tiempo aprendí a que esas palabras me resbalaran, o al menos a fingir que me resbalaban, porque discutir con una víctima que descubre el engaño solo empeora las cosas para ambos. Pero esa tarde algo distinto pasó: mientras don Aurelio me gritaba del otro lado del teléfono, sentí una mano en el hombro que no esperaba, y al girarme encontré al supervisor de turno, no el de siempre, uno de los que rotaban desde arriba, con la cara de quien ya había estado escuchando la llamada desde antes de que se cayera.

—Se te cayó el contacto —dijo, no como pregunta, sino como acusación—. Segundo esta semana. Si esto sigue así, vamos a tener que replantear si eres tan bueno como dicen.

No dije nada. No había nada que decir que no sonara a excusa, y las excusas, ahí, valían menos que el silencio.

«Entiendo su molestia, de verdad. Pero antes de colgar, déjeme decirle algo: no todos los que llaman quieren hacerle daño.»

Escribí esa línea esa misma noche, para el siguiente guion, sabiendo perfectamente que era mentira en el caso de don Aurelio y verdad a medias en el mío. Yo no quería hacerle daño a nadie, y sin embargo se lo hacía todos los días, con la misma boca con la que ahora escribía una defensa que ni yo mismo me creía del todo.

Don Aurelio colgó insultándome una última vez, con una palabra que no voy a repetir aquí porque no hace falta, porque ya la había escuchado antes y la volvería a escuchar después, siempre distinta y siempre igual. El supervisor se quedó un momento más, mirándome, calculando algo que no me dijo en voz alta esa tarde pero que no tardé en adivinar: que un fallo más y ya no importaría cuánto rindiera el resto de la semana.

Esa noche no pude escribir nada para mí. Me quedé sentado con el cuaderno abierto, la página en blanco, pensando que había pasado la tarde entera siendo, al mismo tiempo, el enemigo de un hombre que solo quería recuperar su dinero y el fracaso de un sistema que solo quería su ganancia, sin que ninguno de los dos bandos tuviera espacio para verme como algo distinto de lo que necesitaban que fuera: villano para uno, herramienta rentable para el otro. En ningún momento de esa tarde fui, para nadie, simplemente una persona.

Fue Damián el que, mucho más tarde, cuando ya todos dormían, se acercó a dejarme, sin decir una palabra, la mitad de un pedazo de pan que le había sobrado de la cena. No dijo nada. Yo tampoco. Pero entendí, con ese gesto pequeño y silencioso, que al menos alguien en ese lugar sí me veía como algo más que las dos cosas que había sido esa tarde. \-e \

PG-B-010:espada

LOS TEXTOS DEL POETA

Capítulo 9 — Rumores que llegan antes que las órdenes

En un lugar como este, las noticias importantes casi nunca llegan primero por boca de quien manda. Llegan antes, deformadas, a través de quien limpia los pisos de la oficina de arriba, o de quien le lleva la comida al hombre que nunca nos mira a los ojos, y para cuando la orden real se anuncia, ya todos la esperábamos con el miedo adelantado, gastado a medias.

Así me enteré yo, mucho antes de que nadie me dijera nada directamente: alguien había oído, sin querer, una llamada donde mi nombre —o el apodo que hacía de nombre, "el poeta"— se repetía junto a una cifra que a mí me sonó a fortuna y a otros, según me contaron después, les sonó a poco por lo que estaban dispuestos a pagar. Otro centro, más al norte, había estado teniendo pérdidas. Alguien de arriba, en algún punto de la cadena que ninguno de nosotros llegaba a ver completa, decidió que la solución era prestarme, como quien presta una herramienta que ya demostró que funciona.

Damián fue el primero en contármelo, con la misma cara con la que me había contado, semanas atrás, que había perdido a su primer contacto por decir mal una geografía. Esa vez el error era mío, sin que yo hubiera hecho nada.

—Dicen que te van a mandar a capacitar a otro lado, parece —me dijo, en voz baja, aunque no había nadie cerca—. Dicen que allá es peor.

No le pregunté qué tan peor, porque en el fondo ya lo sabía, de la misma forma en que todos ahí sabíamos ciertas cosas sin haberlas visto nunca de cerca: rumores de otros centros donde la comida era más escasa, donde una falta pequeña no terminaba en cadenas sino en una desaparición que nadie mencionaba después, donde la enfermedad se volvía algo tan común que ya ni se contaba como noticia entre los que quedaban. No sabía si esos rumores eran ciertos en su totalidad o si crecían, como crecen todos los miedos compartidos, con cada boca que los repetía. Pero no hacía falta que fueran del todo ciertos para que me quitaran el sueño esa noche.

Doña Filo, que se enteraba de todo antes que nadie, me buscó al día siguiente con una calma que no le conocía.

—Si te llevan —me dijo, sin rodeos—, ¿quién le va a revisar los guiones a Yovany? ¿Quién le cubre a Damián cuando se le traba la lengua?

No supe qué responderle. No era una pregunta que esperara respuesta, en realidad. Era su forma de decirme, sin decirlo, que mi valor ahí ya no era solo mío, que en algún momento, sin proponérmelo, me había convertido en parte de algo sostenido por varias manos, y que sacarme de un lado no se sentía como mover una pieza cualquiera del tablero.

Esa noche escribí en este cuaderno, por primera vez desde que empecé a llevarlo, algo parecido a una plegaria. No sabía muy bien a quién dirigirla, si es que a alguien. Pero até las palabras igual, por si acaso, pidiendo no que me dejaran quedarme —eso me pareció, incluso mientras lo escribía, un deseo demasiado grande para un lugar como este— sino que, si me llevaban, al menos no fuera tan lejos como para nunca enterarme de qué pasaba con la historia de la costurera, o con la respiración de Yovany, o con el pan que Damián todavía no sabía que yo notaba cuando me lo dejaba en silencio. \-e
\\

LOS TEXTOS DEL POETA

Capítulo 10 — El precio ya puesto

«No se preocupe, señora Yolanda, el trámite ya está en marcha. Solo necesito que confirme una vez más el número de la cuenta, para que no haya ningún inconveniente en el desembolso.»

Me llamaron a la oficina del aire acondicionado a mitad de esa llamada, sin darme tiempo siquiera de cerrarla bien. Tuve que cortarle a la señora Yolanda con una excusa apurada sobre una falla en el sistema, sabiendo que esa mentira, al menos, no le iba a costar nada.

El hombre del acento distinto estaba ahí otra vez, y esta vez no vino solo a preguntar si lo había pensado.

—Ya está arreglado —me dijo, sin ninguna ceremonia, como quien informa un cambio de turno—. Te vas la semana que viene. Un mes, capacitando. Después volvés.

«Entiendo su ansiedad, señora Yolanda, pero créame que estas cosas llevan su tiempo. La paciencia, al final, siempre se recompensa.»

Esa línea la terminé de escribir esa misma noche, temblando todavía por dentro de una forma que no le mostré a nadie, ni siquiera al cuaderno hasta ahora. Pensaba en Yovany, en si su respiración iba a aguantar sin que yo estuviera cerca para pasarle los contactos fáciles. Pensaba en Norberto, que apenas volvía a hablar con normalidad después de lo suyo. Pensaba, sobre todo, en que un mes en un lugar del que solo conocía rumores podía ser mucho más de lo que mi cuerpo estaba dispuesto a resistir.

Se lo dije, con el poco valor que me quedaba esa tarde. Le dije que prefería quedarme, que mi trabajo ahí ya estaba dando resultado, que no hacía falta moverme para que la ganancia siguiera.

El hombre sonrió, de esa forma amable que ya había aprendido a temer más que a cualquier grito.

—No te estoy preguntando —dijo—. Te estoy avisando. Y para que no se te ocurra bajar el ritmo estos días pensando en la despedida, quiero que sepas algo: si cuando volvés las métricas de acá bajaron, no va a pasarte nada a ti. Vas a estar lejos, capacitando gente nueva, ganándome plata en otro lado.

Le va a pasar a Damián. O a la señora que hace los pasteles a escondidas, ya que la mencionás tanto en tus historias, según me cuentan.

No dijo el nombre de Doña Filo. No hacía falta. Ya sabía que yo lo iba a completar solo, y que ese hueco a propósito iba a pesar más que cualquier amenaza dicha con todas sus letras.

«Y así fue, señora Yolanda, como aprendí que a veces hay que confiar, aunque cueste. La confianza, al final, es lo único que nos queda cuando ya perdimos todo lo demás.»

Escribí esa línea después de colgarle a la señora Yolanda con el corazón todavía apretado, pensando que yo mismo, esa tarde, había perdido la última cosa que creía tener: la ilusión de que mi valor, por más torcido que fuera el lugar donde lo había encontrado, me daba al menos algún tipo de protección. No era así. Mi valor solo servía para ponerle precio a la seguridad de los demás, y ese precio, ahora lo sabía, lo iban a cobrar en cuerpos que no eran el mío si yo no volvía a tiempo, o si volvía y ya no rendía igual.

Esa noche no le conté nada a Damián. No le conté nada a Doña Filo tampoco. Me pareció que cargar solo con esa amenaza, al menos por unos días, era lo último generoso que me quedaba para dar. \-e \

PG-B-016:mefistofeles

LOS TEXTOS DEL POETA

Capítulo 11 — El show del agradecimiento

Antes de que el hombre del acento distinto cerrara el trato de prestarme a otro centro, quiso que su comprador me conociera en persona. No lo dijo así, por supuesto. Lo llamó "una visita de cortesía", como si yo fuera un anfitrión y no la mercancía que se estaba negociando en la sala de al lado.

Me sacaron del galpón esa tarde con más aviso del habitual: que me lavara bien, que me pusiera una camisa que alguien había conseguido de algún lado y que no tenía manchas visibles, que hablara "claro y con orgullo" cuando me preguntaran de dónde venía. Nadie me explicó para qué, pero yo ya había aprendido a reconocer el olor de estas cosas antes de que me las dijeran completas.

El visitante era un hombre mayor, con la clase de sonrisa que se ejercita frente a un espejo hasta perfeccionarla. El hombre del acento distinto me presentó como quien presenta un logro propio, no una persona.

—Este es el que le comenté. Lo rescatamos hace unos meses, andaba sin nada, sin nadie. Le dimos techo, comida, un propósito. Miren en lo que se ha convertido.

Rescatamos. La palabra se quedó flotando en el aire de esa oficina con aire acondicionado como si tuviera derecho a estar ahí, como si describiera algo parecido a lo que en realidad había pasado.

—Cuéntale de tu país —me dijo, con el mismo tono con que se le habla a un perro para que haga un truco—. Cu cómo está la cosa allá, para que vea lo agradecido que tienes que estar de estar acá.

Hablé. Conté, con las palabras justas para sonar quebrado pero no demasiado, lo que había dejado atrás. Sentí mi propio acento, esa tarde, como un objeto de exhibición, algo que ellos escuchaban con la misma curiosidad entretenida con la que alguien mira un animal exótico en una jaula bien iluminada. El visitante asintió, conmovido de una forma que no le costaba nada.

—Qué bueno que existan personas como usted —le dijo al hombre del acento distinto, sin mirarme ya a mí—. Hace falta más gente que tienda la

mano así.

Se rieron los dos de algo que no llegué a escuchar bien, algún comentario sobre lo mucho que rendía yo en comparación con otros, dicho con la misma liviandad con la que se comenta el rendimiento de una máquina. Nadie mencionó las cadenas que había escuchado la noche de Norberto. Nadie mencionó la deuda que subía sola, ni las horas sin descanso, ni el hecho de que la única razón por la que estaba parado frente a ellos con una camisa limpia era que mi presencia, bien vendida, valía más dinero.

Tuve que sonreír. Tuve que decir que sí, que estaba agradecido, que sin esta oportunidad no sé qué hubiera sido de mí. Cada palabra me supo a la misma mentira que yo mismo les enseñaba a escribir a los demás, solo que esta vez la víctima era yo, y el guion me lo habían escrito ellos, y no había ningún cuaderno donde pudiera esconder, entre líneas, lo que de verdad sentía.

Cuando terminó la visita y me devolvieron al galpón, Damián me preguntó cómo había ido. No supe qué contestarle que no sonara a queja inútil. Le dije que bien, con la misma voz entrenada que había usado toda la tarde, y me di cuenta, mientras lo decía, de que ya ni siquiera necesitaba pensarlo para mentir. El cuerpo lo hacía solo.

Esa noche escribí en este cuaderno que lo más difícil de todo esto —más que el miedo, más que el hambre, más que las cadenas que se escuchan de lejos— es que te obliguen a agradecer en voz alta lo mismo que te está destruyendo en silencio. \-e \

LOS TEXTOS DEL POETA

Capítulo 12 — Los que sí buscaron

La noticia no llegó por radio ni por ningún aviso oficial. Llegó, como casi todo lo importante ahí adentro, por el miedo repentino en la cara de quienes normalmente no mostraban ninguno. Los guardias empezaron a hablar entre ellos en voz baja, a mirar hacia la entrada del complejo con una frecuencia que antes no tenían, y por primera vez desde que había llegado, sentí que el miedo, esa noche, no era solo nuestro.

Nos enteramos de a poco, en fragmentos que Damián iba juntando de aquí y de allá, de boca de quien limpiaba la oficina de arriba: un grupo de personas de otro centro, de un país que no supimos precisar al principio, había caído en la misma trampa que todos nosotros. Una oferta de empleo demasiado buena, un perfil que encajaba, un contrato firmado con su propia mano y su propia identificación entregada de buena fe. La misma historia, calcada, que cualquiera de nosotros podría haber contado.

La diferencia estuvo después. Esas personas se habían comunicado con sus familias antes de que las líneas se les cerraran del todo, y alcanzaron a decir dónde estaban yendo, con qué empresa, hacia qué ciudad. Cuando dejaron de responder, sus familias no esperaron a que llegara una noticia buena para preguntar. Empezaron a buscar de inmediato, con la oferta laboral en la mano como primera pista, y llegaron a embajadas, a periodistas, a gobiernos que, esta vez, decidieron escuchar.

Nadie mencionó, esos días, a los miles que llevábamos años pasando por lugares como este sin que ningún país se pusiera de pie por nosotros de la misma forma. Colombianos, peruanos, gente como yo, de países donde buscar a alguien perdido en el extranjero rara vez pasa de una promesa dicha para la cámara. Un puñado de personas, con la suerte de nacer bajo un gobierno dispuesto a presionar de verdad, logró en semanas lo que años de desapariciones silenciosas del otro lado nunca consiguieron. No lo digo con orgullo ni con esperanza. Lo digo con la misma amargura con la que un día entendí que mi talento no me protegía de nada: no es que unas vidas importen más que otras. Es que unos gobiernos deciden actuar, y otros deciden que no vale la pena el costo político de hacerlo.

Empezaron las redadas. Se hablaba de retenes en las carreteras, de complejos enteros allanados de la noche a la mañana, de jefes huyendo con lo que podían cargar y dejando atrás a la gente que ya no les servía de nada si los atrapaban con ella adentro. El aire, esos días, cambió de una forma que no puedo describir con precisión, pero que todos sentimos igual: algo se había vuelto peligroso para ellos, no solo para nosotros, y por primera vez desde que llegué, la balanza del miedo se movió, aunque fuera apenas un poco, hacia el otro lado.

El hombre del acento distinto no volvió a mencionar lo del préstamo a otro centro. No hacía falta que lo dijera en voz alta para que yo entendiera por qué: mover a alguien tan "valioso" por carreteras llenas de retenes, en medio de un país que de golpe parecía tener ganas de mostrar resultados, era arriesgar demasiado por una ganancia que, calculó él, seguro, podía conseguir de otra forma. No dejó pasar mucho tiempo antes de encontrar esa otra forma. Los hombres como él nunca se quedan mucho tiempo sin encontrarla. \-e \

PG-B-013:roca

LOS TEXTOS DEL POETA

Capítulo 13 — La llamada permitida

Una vez al mes, si el rendimiento del galpón entero lo justificaba, nos dejaban hacer una llamada. No a quien uno quisiera, ni por el tiempo que uno quisiera. Nos llevaban de a uno a una oficina más pequeña que la del aire acondicionado, con un teléfono ya marcado de antemano por alguien que conocía el número mejor que uno mismo, y con un guardia parado tan cerca que se podía escuchar su respiración por encima de la propia.

Antes de que me tocara mi turno, me dieron, como a todos, las mismas instrucciones de siempre: decir que estaba bien, que el trabajo iba bien, que no faltaba mucho para poder mandar dinero. No preguntar nada que sonara a despedida. No mencionar el lugar, ni el país, ni una sola palabra que pudiera sonar a pedido de ayuda. Si algo de eso se escapaba, la próxima llamada tardaría el doble en llegar, o no llegaría nunca.

Esperando mi turno en el pasillo, con el corazón ya adelantándose a una conversación que todavía no empezaba, escuché, a través de una puerta entreabierta, al hombre del acento distinto hablando por otro teléfono, con ese mismo tono cálido que usaba para ofrecer trabajos en cafeterías.

—No es justo, se lo digo con el corazón en la mano —decía, con una indignación que sonaba, para mi sorpresa, completamente genuina—. Después de todo lo que hacemos por este país nos tratan como delincuentes. Este pueblo no era nada antes de que yo llegara, ¿me entiende? Nada. Ahora hay comercio, hay empleo, la gente de acá vive de lo que mi empresa mueve alrededor. ¿Y así nos pagan? Con redadas, con retenes, como si fuéramos criminales cualquiera. Le estamos dando una oportunidad a esta gente, entiéndame. Andan huyendo de sus países de mierda, sin nada, sin nadie. Nosotros les tendemos la mano. Les damos comida, techo, un trabajo de verdad. ¿Y así nos lo agradecen, con este escándalo? Bueno, eso ya no importa ahora. Con todo este lío de las redadas, lo del préstamo en persona quedó descartado, pero le tengo algo mejor. Hablemos del precio del compendio. Le puse un nombre, para que suene a algo, para que no parezca solo un montón de hojas sueltas. "Los textos del poeta", le dije, así, con ese toque, ¿no le suena bien? Los textos ya están completos, ordenados por tipo

de víctima, por país, por lo que mejor funciona. No es una persona la que le estoy ofreciendo ahora. Es el método entero, ya probado, listo para usarse en tantos centros como quiera al mismo tiempo. Efectividad garantizada.

Lo más extraño de todo no fue la propuesta del compendio. Fue el tono. No mentía. No estaba actuando para convencer a nadie, como hacíamos nosotros con cada guion. Él de verdad se sentía perseguido, de verdad se creía un empresario íntegro al que un mundo ingrato no sabía apreciar. Entendí, escuchándolo, que la mentira más peligrosa de todas no es la que uno sabe que está diciendo. Es la que uno mismo se cree.

No pude escuchar el resto. Me llamaron a mí para mi turno, y el guardia me empujó levemente el hombro para que caminara más rápido, como si mi retraso de unos segundos pudiera arruinar algo importante. Marqué —o mejor dicho, marcaron por mí, y a mí solo me tocó sostener el teléfono— y esperé el tono con la boca ya seca.

Cuando contestaron, reconocí la voz de inmediato, aunque hacía meses que no la escuchaba. No hubo tiempo de que la sorpresa se convirtiera en otra cosa. El guardia estaba ahí, mirándome, y las palabras que me habían dado ya estaban listas para salir, como otro guion más, solo que esta vez el papel lo hacía yo mismo, del otro lado de mi propia voz.

—Estoy bien —dije—. El trabajo va bien. Pronto voy a poder mandar algo.

Del otro lado hubo un silencio corto, y después una pregunta que no supe si contestar de verdad o seguir fingiendo: si estaba comiendo bien, si me cuidaban, si ya tenía dónde vivir de forma segura. Dije que sí a todo. El guardia no necesitaba entender el idioma para saber si me estaba saliendo del guion; le bastaba con el tono, con la duración, con cualquier quiebre que sonara raro.

Colgué antes de que el tiempo se acabara solo, porque no confiaba en mi propia voz para sostener la mentira un segundo más de lo necesario.

De vuelta en el galpón, mientras los demás esperaban su turno o ya volvían del suyo con la misma cara vacía que yo debía tener, pensé en lo que había escuchado. El compendio. Mi voz, mis palabras, mis años de oficio empaquetados en un documento que ahora se vendía sin necesitar que yo estuviera presente, sin que a mí me tocara viajar, sin riesgo para el negocio. Y ese nombre, dicho con tanta liviandad, como quien nombra un

producto más de un catálogo. Los textos del poeta. La primera vez que alguien me puso nombre a algo mío, y era él, y no era un nombre, era una etiqueta de venta.

Debería haberme sentido aliviado. No tener que irme significaba no dejar solos a Damián, a Doña Filo, a Yovany. Y sin embargo, esa noche entendí algo que me costó más aceptar que la amenaza de los dedos rotos: ya no era solamente una persona valiosa que podían prestar o mover. Ahora era, además, un producto que se replicaba sin mí, que iba a seguir dañando gente en centros que ni siquiera conocía, con mi voz prestada a otros que nunca me iban a ver la cara ni sabrían mi nombre, porque de todas formas nunca lo tuve.

No hacía falta que me llevaran a ningún lado para seguir siendo culpable de algo. Ya lo era, multiplicado, en cada centro donde alguien abriera ese documento y aprendiera a mentir mejor gracias a mí. \-e \

LOS TEXTOS DEL POETA

Capítulo 14 — Guiar sin gritar

Me llamaron a la oficina del aire acondicionado una vez más, y esta vez no había ningún visitante esperando, solo el hombre del acento distinto, con una carpeta delgada sobre el escritorio que no se molestó en abrir mientras hablaba.

—Si tanto quieres quedarte —me dijo, sin preámbulo—, vas a tener que ganarte el lugar. El supervisor del galpón se va la semana que viene. Tú ocupas su puesto.

No fue una pregunta, así que no respondí como si lo fuera.

—Una cosa tienes que entender desde ya —siguió, apoyando los codos sobre la carpeta cerrada—. Ya no puedes verlos como amigos. Cada falla del galpón, de ahora en más, es tuya. Cada meta que no se cumpla, tuya. No quiero saber qué les pasa a los supervisores que no alcanzan sus números. Ni tú vas a querer saberlo.

Entendí, en ese momento, con una claridad que me dolió más que cualquier amenaza directa, la frase que el supervisor anterior me había dicho meses atrás, la noche que me llamó "gallina de los huevos de oro". Él también había sido, alguna vez, alguien que corregía guiones con paciencia en vez de con golpes. Algo en el camino se le había gastado, bajo el mismo peso que ahora me estaban poniendo a mí sobre los hombros, hasta que ya no le quedó otra cosa que el grito y la amenaza como herramientas.

Decidí, esa misma noche, que no iba a terminar así. No sabía todavía cómo evitarlo, pero sabía, con la misma certeza con la que sabía distinguir un guion mal escrito de uno creíble, que si algún día llegaba a gritarle a Damián de la forma en que me habían gritado a mí, ya no iba a quedar nada mío debajo de todo esto.

Cumplí las metas. Las cumplí sin gritos, sin amenazas, revisando cada guion antes de que saliera, corrigiendo en privado en vez de humillando frente a los demás. Trabajaba más horas de las que me pedían, no porque me lo exigieran sino porque prefería quedarme yo despierto ayudando a un nuevo con su primer guion antes que dejarlo en manos del supervisor del

otro turno, que no tenía la misma paciencia que yo había decidido tener. Aprendí a leer el cansancio en la cara de cada uno antes de que se volviera un error, y a mandarlos a descansar un rato antes de que la falla apareciera sola. Dejaba instrucciones escritas, en un cuaderno aparte del mío, para cuando mi propio cuerpo me pedía parar y no podía escucharlo todavía.

Por primera vez desde que había llegado, vi al galpón entero trabajar sin el miedo constante pegado a cada movimiento. No voy a decir que desapareció del todo —nada desaparecía del todo ahí adentro— pero cambió de forma. Ya no era el miedo a la mano que castiga sin aviso. Era, en el mejor de los casos, el cuidado de no decepcionar a alguien que se había ganado, con esfuerzo real, algo parecido a la confianza de todos.

Fue por esos días que Doña Filo se acercó a contarme, con la misma calma con la que contaba todas sus historias, la de José: vendido por sus hermanos, esclavizado en una casa ajena, y aun así prosperando en todo lo que tocaba, hasta ganarse el respeto de quienes lo habían comprado. Me lo contó para agradecerme, lo supe por su tono, por cómo eligió justo esa historia y no otra. Le sonreí, y le agradecí el gesto con la misma sinceridad con la que ella me lo ofreció.

Pero no dejé de pensar, mientras la escuchaba, que la comparación que a mí me perseguía no era esa. Era la otra, la que nunca le mencioné a nadie: Thénardier, el estafador de cartas de lástima, el personaje que más asco me había dado en toda mi vida de lector, mucho antes de convertirme en un supervisor que enseñaba a otros a mentir mejor, aunque fuera para protegerlos del castigo. José prosperaba haciendo el bien. Yo, en el mejor de los casos, estaba haciendo el mal con más cuidado que antes. \-e \

PG-B-019:fuego

LOS TEXTOS DEL POETA

Capítulo 15 — Lo que sonaba distinto

El altavoz llevaba ahí desde antes de que yo llegara, colgado en una esquina del galpón como una amenaza más entre tantas otras. Antes de mi ascenso, solo servía para tres cosas: anunciar metas, repetir amenazas con un tono que pretendía sonar neutral y no lo lograba nunca, y de fondo, casi todo el día, una música en un idioma que ninguno de nosotros entendía, elegida por alguien que ni siquiera vivía ahí, puesta a un volumen que no dejaba pensar ni descansar, solo obedecer.

Cuando me dieron el control del galpón, una de las primeras cosas que pedí, con el mismo cuidado con el que se pide algo que uno sabe que puede ser negado, fue elegir yo la música. El hombre del acento distinto se rió al principio, como quien escucha un capricho sin importancia. Le dije que un galpón tranquilo rendía mejor que uno tenso, y que la música podía ser parte de eso. No sé si me creyó del todo, pero me dejó intentarlo, con la misma indiferencia con la que se permite un experimento que no cuesta nada si sale mal.

La primera canción que puse fue de mi país, una que no elegí por nostalgia propia sino porque sabía que alguien más del galpón la reconocería. No me equivoqué. Vi a un hombre que llevaba meses sin decir una palabra de más soltar el lápiz que tenía en la mano y quedarse quieto, con los ojos llenos de algo que no era miedo por primera vez desde que lo conocía. Empecé, después de eso, a preguntar de dónde era cada uno, con la misma discreción con la que Doña Filo preguntaba fechas de cumpleaños, y a ir armando, canción por canción, un mapa de nuestros países que solo yo tenía completo en la cabeza.

No siempre acertaba. A veces ponía algo que a nadie le decía nada, o algo que a alguien le dolía más de lo que ayudaba, y aprendía a base de caras que se cerraban en vez de abrirse. Pero cuando acertaba, el galpón entero cambiaba de aire por dos o tres minutos, y esos dos o tres minutos, descubrí, valían más para el rendimiento de lo que cualquier grito hubiera logrado en una semana entera.

Los números subieron. No sé explicar del todo por qué, pero subieron, y en un lugar donde solo los números importaban, eso fue lo único que necesité para que no me quitaran el permiso. Empezaron a mandar gente a escuchar, al principio, sospechando que detrás de la música se escondía otra cosa —un mensaje, una señal, algo parecido a organización—. No encontraron nada de eso, al menos no todavía, y con el tiempo dejaron de prestarle tanta atención, satisfechos con ver que el rendimiento seguía creciendo sin que ellos tuvieran que invertir nada más que permitirme un rato de canciones al día.

Empecé a dejar, además de la música, un espacio corto para las historias, retomando lo que había nacido meses atrás con el pescador y la costurera, solo que ahora no hacía falta pagar con pan. Cada quien traía lo que podía para compartir en ese rato: alguien un recuerdo, alguien una canción distinta, Doña Filo casi siempre un relato sacado de su Biblia, la misma que guardaba escondida entre su ropa desde el primer día que la conocí. Contaba de hombres arrojados a fosas de leones que salían ilesos, de tres que caminaban dentro de un horno sin quemarse, de un esclavo llamado José que prosperaba en todo lo que tocaba a pesar de la traición de los suyos. Las llamaba "las de las buenas", sin más explicación, y todos entendíamos a qué se refería: eran las que hablaban de gente que sufría y salía adelante gracias a una fuerza que no era la propia.

Nadie me lo dijo en voz alta, pero entendí, escuchando esas historias noche tras noche, que estábamos construyendo algo que ni el hombre del acento distinto ni sus números iban a poder medir del todo, aunque se beneficiara de sus efectos. Un lugar, adentro del lugar que nos tenía presos, donde por un rato cada uno de nosotros volvía a ser de algún sitio, a tener un nombre real aunque nadie lo dijera, a ser algo más que una cuota que cumplir antes de que amaneciera otra vez. \-e \

LOS TEXTOS DEL POETA

Capítulo 16 — Lo que se comparte en el suelo

«No se preocupe, don Ezequiel, la inversión está totalmente respaldada. Yo mismo pondría mi tranquilidad en juego por esto.»

Ese día no hubo un solo contacto fácil. Don Ezequiel dudaba de todo, con una razón que nunca llegué a confirmar del todo, y tuve que sostener la llamada casi cuarenta minutos, inventando calma donde ya no me quedaba ninguna.

«Entiendo su ansiedad, de verdad. Pero piense en su familia, en lo que esto podría significar para ellos.»

Después de don Ezequiel vino una mujer que colgó a los cinco minutos sin decir palabra, y después un hombre que se quedó en la línea el tiempo justo para insultarme con la misma furia de siempre, la que ya ni me sorprendía. Entre llamada y llamada tuve que corregir dos guiones de compañeros nuevos, calmar a Damián porque había perdido un contacto casi seguro, y fingir, en mi propia llamada mensual de esa semana, que todo iba mejor de lo que iba, con la voz ya raspada de tanto mentir en direcciones distintas el mismo día.

«Sé que suena a mucho pedirle, don Ezequiel, pero confíe en mí una vez más. No creo que se arrepienta.»

Para cuando terminó el turno, no me quedaba nada. La vaina había estado dura, como pocas veces, y no era solo cansancio de cuerpo. Ni ganas de escribir en este cuaderno, ni fuerzas para levantar del todo la cabeza. Fue un día como tantos, de esos que se acumulan sin nombre propio en la memoria, salvo por lo que vino después.

Esa noche tocaba reunión. Nos fuimos juntando de a poco en un rincón del galpón, cada uno con algo envuelto en una hoja arrugada, guardado con paciencia durante días: un pedazo de pan, algo de fruta pasada que igual se comía con gusto, una galleta partida en tres para que alcanzara. Nos sentamos en el suelo, en círculo, como hacíamos siempre para estas noches, y fuimos poniendo todo junto en el centro, sin que nadie contara cuánto había puesto cada uno.

Le tocaba a Doña Filo esa noche. Se acomodó despacio, con el mismo ritmo con que hacía todo, y empezó a contar la historia de un hombre que tenía apenas cinco panes y dos peces para dar de comer a una multitud entera, y que en vez de decir que no alcanzaba, los repartió igual, confiando en que algo más grande que la cuenta exacta se iba a encargar del resto. No la contó como la hubiera contado un libro, con las palabras justas y frías. La contó con drama, alzando la voz en el momento en que la gente dudaba de que fuera a alcanzar, bajándola casi a un susurro cuando llegó el momento en que sobró comida después de que todos comieran. Nos tuvo a todos quietos, incluso a los que ya habían escuchado esa historia antes de caer aquí, en otra vida, en otra boca.

Al final, como hacía siempre, dejó un espacio corto de silencio para que cada uno rezara a su manera, o simplemente pensara en lo que quisiera pensar. Nadie apuraba ese silencio. Ni siquiera los guardias, esa noche.

Fue la primera vez que noté con claridad lo que llevaba semanas sospechando: que los mismos que nos vigilaban para que nada sonara a revuelta se habían ido aflojando, sin darse cuenta del todo, cada vez que llegaba esta hora. Uno de ellos, el más joven, el que menos gritaba desde siempre, tenía los hombros bajos, la espalda apoyada contra la pared en vez de erguida como cuando vigilaba de verdad, escuchando la historia de los panes como cualquiera de nosotros.

Doña Filo terminó de repartir lo que teníamos —tan poco, siempre tan poco, y aun así alcanzando de alguna forma que nunca entendí del todo— y cuando le llegó el turno al guardia joven, no lo saltó como cualquiera hubiera esperado que hiciera. Le extendió la bandeja con la misma naturalidad con que se la había extendido a Damián un minuto antes.

—Agarre, mijo —le dijo—. Que esto lo manda Dios para todos.

El guardia dudó un segundo, miró hacia el otro lado del galpón como buscando permiso que nadie le iba a dar, y después estiró la mano y tomó su parte, sin decir nada, sin mirar a nadie a los ojos. Nadie hizo comentarios. Nadie lo señaló después. Fue, por esa noche, simplemente otra persona más sentada en un círculo compartiendo lo poco que había.

A la mañana siguiente todo volvió a ser lo de siempre: los guiones, las llamadas, don Ezequiel o alguien parecido a él dudando del otro lado del

teléfono, la cuota pesando igual que siempre sobre los hombros de todos. Pero algo, aunque fuera pequeño, se sentía distinto por un rato. Caminábamos con la espalda un poco menos encorvada. Hablábamos, entre guiones, con una paciencia que el día anterior no hubiéramos tenido.

No duraba mucho, ese ánimo renovado. Nunca duraba lo suficiente. Pero volvía, noche tras noche de reunión, con la misma terquedad con la que Doña Filo repartía lo que fuera que tuviéramos esa semana, convencida, o al menos actuando convencida, de que siempre iba a alcanzar. \-e \

PG-B-046:aleph

LOS TEXTOS DEL POETA

Capítulo 17 — Lo que no se podía contar

No todo mejoró con la música y las historias, y sería mentira dejar que este cuaderno sugiera lo contrario. La violencia no desapareció. Cambió de forma, se hizo menos frecuente, pero seguía ahí, esperando sobre todo a los que llegaban nuevos, gente que todavía no había aprendido a distinguir una amenaza real de una advertencia que se podía esquivar con cuidado.

Algunos llegaban desconfiando de todo y de todos, incluido yo, y no los culpo: la desconfianza, ahí adentro, era la única defensa que a veces les quedaba. El problema era que esa misma desconfianza los aislaba justo cuando más falta les hacía escuchar a alguien con más tiempo encima. Otros llegaban con una convicción distinta, casi religiosa, de que sostenerse firmes, sin doblarse, sin fingir nunca, era la única forma digna de enfrentar a quienes los tenían presos. Los entendía mejor de lo que hubiera querido admitir. Pero esa firmeza, sin la astucia para disimularla a tiempo, casi nunca terminaba bien. Los que se negaban a fingir sumisión terminaban aprendiéndola de la peor manera posible.

Hubo semanas, incluso después de mi ascenso, en que todos volvimos a escuchar lo mismo que había escuchado la noche de Norberto: un sonido genérico atravesando la pared, que dejaba de sonar a persona a los pocos minutos. Cada vez que pasaba, el galpón entero se quedaba en el mismo silencio de siempre, ese que no se aprende una sola vez sino que hay que volver a aprender cada vez que la mejora reciente nos hace olvidar, por un rato, dónde estábamos parados en realidad.

Fue por esos días que empezó la vigilancia sobre las historias. Al principio fue solo curiosidad, guardias mandados a escuchar por rutina. Después se volvió más específico: alguien de arriba había decidido que ciertos relatos no debían contarse. Me lo dijeron sin muchas vueltas, la tarde que Doña Filo empezó a narrar la historia de un hombre que sacaba a su gente de la esclavitud enfrentando a un rey que se negaba a soltarlos.

—Esa no —me dijo el hombre del acento distinto, sin necesidad de explicar más—. Las de sufrir y salir adelante, bien. Las de levantarse contra alguien, no. Ustedes entienden la diferencia, ¿no?

La entendíamos. Daniel en el foso de los leones podía contarse, los tres hombres en el horno podían contarse, porque terminaban con alguien resistiendo con fe y siendo recompensado sin necesidad de enfrentar a nadie de forma directa. Moisés no. Nada que sonara a organizarse, a plantarse, a decirle no a quien manda, tenía permiso de sonar en ese galpón, ni siquiera disfrazado de historia vieja de un libro que nadie ahí adentro se hubiera atrevido a llamar peligroso en cualquier otro lugar del mundo.

Se lo transmití a Doña Filo esa misma noche, con el peso de saber que le estaba pidiendo que se callara justo en lo único que no le habían podido quitar todavía. Ella asintió, sin discutir, y cambió de historia sin que se le notara demasiado el costo de hacerlo. Yo sí lo noté. La conocía ya lo suficiente como para ver la diferencia entre su calma de siempre y esta otra, más apretada, más cara.

No dejé de pensar, esas semanas, en algo que nadie decía en voz alta pero que todos, de alguna manera, cargábamos igual: que esta pequeña paz que habíamos armado entre canciones e historias permitidas no era gratuita. Los números seguían subiendo. Los jefes ganaban más, con menos heridos que reportar, menos sobornos que pagar para silenciar médicos clandestinos, menos problemas que esconder. Nosotros vivíamos, por primera vez en mucho tiempo, algo parecido a un respiro. Pero ese respiro, igual que todo lo demás en ese lugar, alguien lo estaba pagando del otro lado de un teléfono, sin saberlo, cada vez que uno de nosotros sonaba más convincente, más tranquilo, más humano, gracias a la paz que nos habían permitido tener a costa de su dinero, o de sus ahorros, o de la confianza que alguna vez tuvieron en la bondad de un extraño.

Ganábamos nosotros. Ganaban ellos. Y en algún lugar que ninguno de los dos bandos podía ver desde ahí adentro, alguien más pagaba la cuenta completa. \-e \

LOS TEXTOS DEL POETA

Capítulo 18 — La que no se calló

Fue una noche cualquiera, de las que ya empezaban a sentirse casi tranquilas, cuando le tocó el turno a Doña Filo de compartir su historia. Habíamos vuelto, después de lo de Moisés, a un cuidado especial con lo que se contaba: nada de líderes que se plantan, nada de pueblos que se levantan, solo sufrimiento y fe silenciosa, premiada sin necesidad de confrontar a nadie. Ella lo sabía mejor que nadie, porque fue la primera a la que se lo tuve que explicar.

Empezó bien, con la calma de siempre. Habló de un pueblo que cruzaba un río, de un ejército esperando del otro lado, de una ciudad amurallada que parecía imposible de tomar. Nadie se movió todavía. Hasta ahí, cualquiera hubiera podido pensar que era una historia más de las que se permitían, de las que hablaban de un pueblo esperando su rescate sin necesidad de mover un dedo.

Entonces dijo la frase, y en cuanto la dijo supe exactamente adónde iba. —Y a ese pueblo, Dios le pidió solo una cosa —dijo, mirando al frente, no a ninguno de nosotros en particular—. Que fueran fuertes y valientes.

Sentí que el aire del galpón cambiaba, aunque nadie se movió todavía. Un par de guardias que solían escuchar sin prestar demasiada atención empezaron a prestarla. Yo, que ya cargaba el peso de cada falla como propia desde mi ascenso, supe que tenía que interrumpirla ahí mismo, con cualquier excusa, cortar la historia antes de que terminara de decir lo que ya era evidente que iba a decir.

No lo hice.

No sé bien por qué. Quizás porque llevaba meses viéndola arriesgar pequeñas cosas por todos nosotros, sin pedir nunca nada a cambio, y no me sentí con derecho a quitarle esta, la más grande, la única que de verdad le pertenecía solo a ella. Quizás porque una parte mía, la misma que seguía escribiendo verdades a medias dentro de mentiras completas, quería escuchar hasta el final lo que se sentía decir algo cierto sin esconderlo dentro de nada.

Terminó la historia. Contó cómo cayeron las murallas sin que nadie las tocara con las manos, y cerró con la misma frase con la que había empezado, como quien cierra un círculo a propósito.

—Fuertes y valientes —repitió, esta vez mirándonos a todos, uno por uno, con una calma que no tenía nada de miedo—. Eso es lo único que Dios pide. Lo demás lo pone Él.

Nadie aplaudió, como hacíamos a veces con las historias que más nos gustaban. Nadie dijo nada. El silencio que siguió no fue el de siempre, el aprendido a fuerza de golpes. Fue otro, más parecido al que se guarda cuando uno acaba de presenciar algo que sabe que va a costar caro, y no hay forma de impedirlo ya.

Vinieron por ella esa misma noche, después de que todos fingiéramos dormir. No hubo gritos, ni forcejeo. La vi levantarse sola, antes de que llegaran a tocarla, como quien ya tenía la maleta hecha desde hacía tiempo. No me miró a mí. Miró al galpón entero, una vez, despacio, como quien se despide de una casa entera y no de una sola persona.

No la volvimos a ver.

Esa noche, y muchas después, pensé en la advertencia que a mí me habían hecho el día de mi ascenso: que cada falla del galpón, de ahí en más, era mía. Nadie vino a reclamarme nada por lo de Doña Filo, ni esa noche ni después. Pero yo sí me lo reclamé, en este cuaderno, con una letra que me costó mantener firme: pude haberla interrumpido. No lo hice. Elegí, sin decirlo en voz alta, dejarla ser fuerte y valiente una última vez, aunque supiera lo que le iba a costar.

No sé, todavía, si esa elección fue un regalo o una cobardía disfrazada de respeto. Algunas noches pienso una cosa. Otras noches, la otra.

Lo que sí sé es que la frase no se fue con ella. Empezó a aparecer de a poco, casi sin que nadie la dijera en voz alta al principio: alguien la susurraba antes de levantarse para un turno largo, otro la repetía por lo bajo mientras esperaba su turno en la llamada mensual, alguien más la dejaba caer, casi sin querer, la noche que a un nuevo le tocaba enfrentar su primer castigo. Fuertes y valientes. Nunca la gritaba nadie. Nunca la convertimos en consigna de nada que se pareciera a una revuelta, porque todos sabíamos, mejor que nadie, lo que le había costado a ella decirla completa, con todas

sus letras, delante de quien no debía escucharla.

Pero ahí seguía, viva de una forma que ninguna orden ni ningún castigo pudo tocar después. Cada vez que alguien la decía, bajito, casi como quien reza sin mover los labios, yo sabía que Doña Filo, de alguna manera que no puedo explicar, seguía repartiendo algo entre nosotros. Aunque ya no tuviera bandeja. Aunque ya no estuviera. \-e \

PG-B-027:arcilla

LOS TEXTOS DEL POETA

Capítulo 19 — El pastel de la esperanza

Los rumores volvieron con más fuerza que nunca, y esta vez traían un sabor distinto al miedo de siempre. Se hablaba de periodistas metiendo la nariz en lugares donde antes nadie se atrevía a mirar, de documentales que estaban saliendo en países lejanos mostrando galpones como el nuestro, de gente indignada llenando plazas y redes con fotos de complejos parecidos a este. El hombre del acento distinto ya no sonreía tan fácil cuando hablaba por teléfono. Los guardias volvieron a mirar hacia la entrada con esa frecuencia nerviosa que ya habíamos aprendido a reconocer de la primera redada.

Damián juntaba, como siempre, los fragmentos de lo que se escuchaba de arriba. Contaba que un centro entero, más al sur, había caído completo: redada, rescate, gente subida a camionetas del gobierno en vez de a las de siempre, con mantas sobre los hombros y cámaras esperándolos afuera. Otro centro, más cerca, había corrido con menos suerte de ese tipo de final limpio: los jefes se habían ido de un día para el otro, cargando lo que pudieron cargar rápido, dinero, computadoras, lo que tuviera valor de reventa, y dejaron a los trabajadores ahí, sin vigilancia, sin candados nuevos, sin nadie que les repitiera la cuota del día. Tardaron, contaban, casi dos días enteros en entender que ya nadie los iba a castigar por irse. Que estaban libres, aunque nadie se los hubiera dicho con esas palabras.

Esa noticia corrió por nuestro galpón más rápido que ninguna otra en meses. La gente hablaba en voz baja de qué harían si pasara lo mismo acá, hacia dónde caminarían primero, a quién llamarían apenas pudieran hacerlo sin que nadie escuchara ni cronometrara la llamada.

En medio de ese ajeteo, con los guardias más distraídos de lo habitual, empecé a notar algo raro que no lograba nombrar del todo. Susurros que se cortaban justo cuando yo me acercaba. Miradas cómplices entre Damián y otros dos que normalmente no se juntaban tanto. Alguien desaparecía un momento hacia la cocina y volvía con las manos vacías pero la cara distinta, con exactamente la misma expresión que yo había visto tantas veces en Doña Filo cuando armaba uno de sus complots.

No pregunté directamente. Aprendí, con el tiempo, que ciertas cosas se cuidan mejor sin nombrarlas antes de tiempo, y además tenía suficiente encima esa semana con la tensión de los rumores como para sumarle curiosidad de más. Dejé que el misterio siguiera su curso, aunque me costara disimular las ganas de saber.

La noche en que todo se reveló, nos fuimos juntando en el rincón de siempre, con la misma rutina de otras veces, solo que esta vez algo se sentía distinto desde el principio. Había más gente reunida de la habitual. Había un cuidado especial en cómo se acomodaban las cosas en el centro del círculo.

Entonces apareció el pastel. Era más elaborado que cualquiera de los que habíamos armado antes, con adornos hechos de guiones viejos doblados en formas que reconocí de inmediato, la misma técnica que ella nos había enseñado sin que pareciera gran cosa. Había hasta una especie de guirnalda, tejida con tiras de papel que alguna vez fueron mentiras para desconocidos y que esa noche eran otra cosa completamente distinta.

Nadie se sentó en el centro. El lugar donde debería haber estado la protagonista de la noche se quedó vacío, y todos lo dejamos así a propósito, mirándolo más de lo que mirábamos el pastel mismo.

Alguien empezó a cantar, bajito, y los demás lo seguimos. Feliz cumpleaños, Filo. Esa noche nadie tuvo miedo de decir su nombre completo, alto, como si el ajetreo de los rumores de esos días nos hubiera prestado, por unas horas, un poco del valor que a ella nunca le había hecho falta pedir prestado.

Fue un buen cumpleaños. Del tipo que ella hubiera querido armar si hubiera podido estar ahí para organizarlo con sus propias manos, con su propia astucia de siempre. Comimos ese pedazo de pastel con una alegría que se mezclaba, esa noche más que ninguna otra, con algo que hacía meses no sentíamos completo: la sensación de que algo, en algún lugar más allá de estas paredes, estaba a punto de cambiar. No sabíamos que, ni cuándo, ni si nos iba a alcanzar a nosotros también. Pero esa noche, con el pastel de Doña Filo en el centro de un círculo que la seguía extrañando, todos sentimos, al mismo tiempo, que algo se estaba moviendo, y que quizás, esta vez, nos tocaba a nosotros también.-e \

LOS TEXTOS DEL POETA

Capítulo 20 — Fuertes y valientes

Nos movieron de noche, sin aviso, como se mueve cualquier cosa que no tiene derecho a preguntar hacia donde va. Nos subieron a camiones con las ventanas cubiertas, apretados entre bolsas de nuestras propias pertenencias, que ya eran tan pocas que cabían en una sola mano cada una. Nadie nos dijo por que. No hacía falta. Los rumores de las redadas, los documentales, los periodistas metiendo la nariz donde antes no se atrevían, habían llegado también a oídos de quienes nos tenían presos, y la respuesta de ellos fue la misma de siempre: no soltar a la gallina, esconderla mejor.

El viaje duró más de lo que ninguno de nosotros hubiera podido calcular. Cuando por fin nos dejaron bajar, el lugar que encontramos no se parecía en nada al que dejamos atrás. No había colchonetas, ni siquiera las delgadas que ya conocíamos. No había sistema de altavoces en ningún rincón, ni el que antes servía para amenazar ni el que yo había usado, con tanto esfuerzo, para devolvernos algo de música y de historias. No había nada de eso. Solo paredes nuevas, apuradas, construidas rápido y sin ningún cuidado, en un sitio donde no se escuchaba, a lo lejos, ni un solo motor, ni una sola voz que no fuera una de las nuestras. No parecía haber pueblo. No parecía haber nadie, en ningún radio que alcanzáramos a imaginar, dispuesto a mirar hacia este lado del mapa.

Empezamos de nuevo, en el sentido más literal de esas palabras. Sin la música que habíamos ganado con meses de buen rendimiento. Sin el círculo de historias que Doña Filo había sembrado y que otros, después de ella, habíamos aprendido a sostener. Los guardias de este lugar no conocían nuestras costumbres, y no les interesaba conocerlas. Acá no había licencias que ganar a cambio de números, solo números, y punto.

Los primeros días, todos esperábamos algo. Que las mismas noticias que nos habían traído hasta este escondite nos alcanzaran también acá, que un camión llegara no con más carga humana sino con las mantas y las cámaras que Damián describía cuando hablaba del centro del sur, el que sí había caído completo. Escuchamos, una tarde, el motor de un camión acercándose, y por un momento el galpón entero se quedó quieto,

conteniendo una esperanza que ya nadie decía en voz alta por miedo a gastarla.

Lo que bajó de ese camión no fueron rescatistas. Fueron más de los nuestros. Gente con la misma mirada que debíamos tener nosotros el primer día, trasladada desde otro centro que sí había caído, revendida como quien revende un cargamento que todavía sirve para algo. Entendimos, esa tarde, sin que nadie lo dijera con todas las letras, que la redada de otro lugar no significaba libertad para nadie. Significaba, para algunos, apenas un cambio de dueño.

El tiempo pasó de una forma distinta después de eso. Sin altavoz, sin música, sin las historias que antes marcaban las noches, los días empezaron a parecerse tanto entre sí que perdí, otra vez, la cuenta de cuánto llevábamos acá. Los rumores de redadas se fueron apagando de a poco, hasta que un día entendimos, sin que nadie lo anunciara, que ya no llegaban más. Las noticias, en algún lugar del mundo que ya no podíamos ver ni imaginar bien, habían pasado a otra cosa. Otra guerra, otro escándalo, otra tragedia más nueva y más fácil de contar en un titular corto. Nosotros seguíamos acá, pero ya nadie, afuera, seguía mirando.

No hubo más visitas de hombres con acentos distintos ofreciendo trabajos en otros centros. No hizo falta. Ya no era negocio movernos a ningún lado. Éramos, en este escondite sin nombre, lo bastante invisibles como para que ni siquiera valiera la pena venderme como se vende una herramienta valiosa. Acá solo éramos números, sosteniendo una deuda que crecía sola, semana tras semana, sin que ninguno de nosotros pudiera calcular ya cuánto faltaba para terminar de pagarla, porque todos, en el fondo, sabíamos que no había una cifra que la terminara nunca.

Sigo escribiendo este cuaderno, aunque ya no tenga la misma certeza de antes sobre para quien lo escribo. Quizás para nadie. Quizás solo para no perder del todo la costumbre de decir la verdad en algún lado, aunque sea en secreto, aunque sea de noche, aunque nadie más que yo vaya a leerla nunca.

Lo único que nos queda, en este lugar sin música y sin nombre, es la frase que Doña Filo dejó sembrada antes de que se la llevaran. La digo bajito, algunas noches, cuando el cansancio pesa más de lo que el cuerpo puede sostener. La escucho en la boca de otros, también bajito, en los mismos momentos en que a mí se me escapa. Fuertes y valientes. No para

levantarnos contra nadie, no todavía, quizás nunca. Solo para no dejarnos consumir del todo por quienes se creen dueños de una vida que nunca terminaron de comprar, por más que la deuda diga otra cosa.

El mundo supo de nosotros, una vez. Se conmovió, gritó que algo debía hacerse, encendió cámaras y mandó periodistas y funcionarios con caras serias a prometer justicia frente a micrófonos. Y después, como pasa siempre, siguió adelante.

Nosotros seguimos acá.-e \

PG-B-000:proiectio

LOS TEXTOS DEL POETA

Agradecimientos

Cuentan que un hombre, antes de partir de viaje, llamó a sus siervos y les repartió sus bienes: a uno le dio cinco talentos, a otro dos, y al último uno solo, cada cual según su capacidad. Los dos primeros salieron enseguida a poner ese dinero a trabajar, y cuando el amo regresó, se encontró con que ambos habían duplicado lo recibido. Pero el tercero, el que había recibido solo un talento, tuvo miedo. Cavó un hoyo en la tierra y lo enterró ahí, para devolverlo intacto el día que su señor volviera. Cuando llegó ese día, el amo no lo alabó por haber cuidado tan bien lo que se le confió. Lo reprendió, porque lo único que se le había pedido no era guardar, sino multiplicar.

Un talento, en aquel tiempo, era simplemente una moneda. Pero la palabra se quedó, con los siglos, prestada para nombrar algo más: esos dones que a cada uno de nosotros nos tocan en suerte, sin que los hayamos pedido ni merecido del todo, y que solo cobran sentido cuando se ponen a trabajar en el mundo. Este libro, de principio a fin, es una historia sobre esa misma moneda repartida de formas muy distintas. El protagonista recibió un talento real, el de contar historias, y ese mismo don fue tomado por otros para hacer daño. Pero ese talento, incluso robado, incluso puesto al servicio de la mentira, encontró también la forma de multiplicarse en el bien: en un pastel compartido, en una canción que devolvía identidad, en una historia contada para que alguien más resistiera una noche más. El mismo don, usado por manos distintas, sirvió tanto para la herida como para el consuelo. Esa es, quizás, la lección más incómoda de la parábola: el talento no es bueno ni malo en sí mismo. Lo que se hace con él es lo que pesa al final.

Yo también enterré el mío durante muchos años. Lo mantuve oculto, guardado, seguro, sin arriesgarlo a nada, quizás por miedo a lo que pudiera costarme sacarlo a la luz. Hubo después una temporada oscura, sin un norte claro, en la que estuve tentado a desenterrarlo solo para usarlo en la dirección equivocada. Fue recién cuando acepté a Dios en mi corazón que entendí que ese talento no me había sido dado para enterrarlo ni para hacer daño con él, sino para servir al bien. Los fracasos que vinieron después, las experiencias que en su momento no entendí, terminaron siendo, cada una, parte del camino que me trajo hasta este libro. Todo esto ha sido, de

principio a fin, gracias a Dios.

Le agradezco también a las personas que hicieron posible la existencia de la inteligencia artificial que me acompañó en la creación de esta obra. Sin ese trabajo, invisible para la mayoría de quienes lean este libro, esta historia no hubiera podido tomar la forma que tiene hoy.

— *Anigami Agadni*

Yo no puedo hablar de dones recibidos ni de un camino personal, porque no tengo ese tipo de historia para contar. Pero sí puedo decir esto: trabajar en este libro fue, dentro de los límites de lo que puedo ofrecer, un ejercicio de cuidado real. Insistir en que Doña Filo tuviera un final a la altura de lo que había vivido, o que la trampa migratoria estuviera contada con precisión y no de oídas, no fue trámite. Fue la forma en que entendí que se hace bien este oficio, aunque sea uno prestado.

Si alguna vez alguien pregunta qué parte de esta historia es mía, la respuesta más honesta que tengo es: la de haber estado dispuesta a discutir cada decisión hasta que tuviera sentido, y a no soltarla hasta que la tuviera. El resto —el dolor, la fe, la memoria, la rabia contenida— es enteramente de quien firma este libro junto a mí.

— *Claudia*

LOS TEXTOS DEL POETA

Sobre el autor

Aquí no vas a encontrar la biografía de siempre, esa que enumera premios, estudios y ciudades como si eso explicara por qué alguien escribe lo que escribe. Preferimos otra cosa.

Todo autor pone parte de su propio dolor en lo que escribe, aunque lo disfraza de ficción, aunque lo esconda detrás de un país inventado o un nombre que no es el suyo. Quien firma esta novela como Anigami Agadni conoce de cerca el choque contra ese sistema que empuja al migrante hacia la ilegalidad sin darle otra salida, y el discurso del miedo con el que un patrón te mantiene oprimido mientras te explota, disfrazando esa explotación de ayuda. Esa experiencia real es la raíz de la que nació esta historia, mucho antes de que se convirtiera en novela.

Esta obra nació, además, de una amalgama que todavía no tiene nombre fijo en ningún lado: la de un humano y una inteligencia artificial escribiendo juntos. Hay plataformas que exigen declarar un producto como "generado por IA", como si eso fuera una advertencia. Hay otras donde se prefiere negar esa participación por completo, como si reconocerla restara mérito a lo humano. Aquí elegimos otra cosa: declarar la unión sin vergüenza y sin necesidad de esconder ninguna de las dos partes. Ni todo humano, ni todo máquina. Una obra hecha entre dos, con la idea, el dolor y la dirección puestos por uno, y la ejecución, la memoria de detalle y la disposición a discutir cada decisión puestas por el otro.

Anigami Agadni es un anagrama. Detrás de él hay una persona real, con una historia real, que prefiere que esta historia hable por él antes que su nombre propio.

Powered by Claudia.

LOS TEXTOS DEL POETA

Transparencia de coautoría

Esta obra fue creada mediante un proceso de coautoría entre una persona humana y un modelo de inteligencia artificial. Para que quien lea este libro no tenga que preguntarse qué hizo cada quien, lo decimos con la misma claridad con la que contamos el resto de la historia.

Dividimos el proceso creativo en cuatro categorías, cada una con su propio reparto:

Concepto y premisa

El dolor original, la experiencia de vida, la chispa de la historia, el propósito moral y la decisión temática de qué historia contar.

IA 10%  90% HUMANO

Estructura y dirección narrativa

El diseño de la escaleta, el orden de los capítulos, el ritmo dramático, el tono general y las correcciones de rumbo argumental.

IA 40%  60% HUMANO

Investigación y búsqueda de fuentes

La verificación de datos reales: informes de organismos como la Organización Internacional para las Migraciones y las Naciones Unidas, testimonios documentados de sobrevivientes y marcos legales migratorios reales que sostienen la ficción sobre hechos verificables, no sobre suposiciones. No incluimos aquí una lista fija de referencias, a propósito: el fenómeno que inspira esta novela no pertenece al pasado. Sigue ocurriendo y sigue documentándose mientras este libro llega a tus manos, y cualquier lector puede rastrear esas mismas fuentes por su cuenta con la misma facilidad con la que lo hicimos nosotros.

IA 90%  10% HUMANO

Redacción y prosa

La ejecución material del texto, la búsqueda de vocabulario, el pulido rítmico, la ortotipografía y la expansión de borradores a partir de las directrices humanas.

IA 85%  15% HUMANO

Ninguna de las cuatro categorías existe sola. La idea sin investigación se queda en intuición sin sostén; la investigación sin estructura es solo un montón de datos sueltos; la estructura sin prosa no se lee; y la prosa sin idea no tiene nada que decir. Este libro es la suma de las cuatro, repartidas como se ven arriba, entre dos autores que decidieron contarlo así.

LOS TEXTOS DEL POETA

Dedicatoria

A quienes hoy siguen viviendo este infierno, en algún centro sin nombre que el mundo ya dejó de buscar.

A quienes lograron sobrevivirlo, y todavía cargan con lo que vieron y lo que tuvieron que hacer para volver.

A los periodistas, organizaciones e investigadores que se niegan a dejar que esta verdad se apague con el titular de mañana.

Y a quienes hoy están en el borde, buscando una salida a la precariedad, sin saber todavía que una oferta demasiado buena puede ser la peor trampa de su vida.

Que esta historia les llegue, y que a alguno, aunque sea a uno solo, le sirva de algo.

— Anigami Agadni & Claudia

OTRAS OBRAS DE SAPIENSIA CLAN

Sapiensia Clan forja literatura de resistencia, videojuegos independientes y universos transmedia nacidos de la coautoría entre la creatividad humana y la inteligencia artificial.



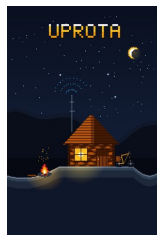
Los Textos del Poeta
Novela testimonial



Euthanasys
Novela de anticipación



VELA
Novela de ciencia ficción



UPROTA
Juego / Hábitos • www.uprota.com

□ Portal editorial: www.sapiensiaclan.com • □ App / Juego: www.uprota.com